

CON EL DIABLO Á CUCHILLADAS,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

Adaptado este drama por don Narciso Serra
DON NARCISO SERRA.

La propiedad de este drama pertenece al Director de la Galería Litero-Dramática de Teatro, y no puede ser su permiso reimprimirse ni representarse en los teatros de España y sus posesiones, ni en Francia y sus suyas.



MADRID.

Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, núm. 9.

1834.

CON EL DIABLO A CUCHILLADAS

UN ACTO Y EN VERSO

DE

DON MARCELO SERRA

La propiedad de este drama pertenece al Director de la Galeria lirico-dramática EL TEATRO, y nadie podrá sin su permiso reimprimirle ni representarle en los teatros de España y sus posesiones, ni en Francia y las suyas.

MADRID

Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, número 2.

1881

A LA DISTINGUIDA ACTRIZ

Señora Doña Josefa Palma,

dedica este drama su leal amigo

El Autor.

ESCENA PRIMERA.

MARIA. ...
...
...
...
...
...
...
...
...
...

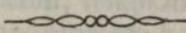
PERSONAJES. ACTORES.

INES.....	DOÑA JOSEFA PALMA.
GIMENA.....	CARMEN CARAVES.
EMBOZADO 1.º.....	D. JULIAN ROMEA.
EL CONDE.....	ANTONIO PIZARROSO.
EMBOZADO 2.º.....	LÁZARO PEREZ.
MILLAN.....	ANTONINO BERMONET.
GINES.....	PATRICIO SOBRADO.
FORTUN.....	FRANCISCO CORIA.
Criados, pajes, etc.	

Bruselas, 1555.



ACTO PRIMERO.



Salon de un viejo castillo : al foro una capilla cerrada : á la derecha en primer término la puerta de entrada : en segundo puerta secreta : á la izquierda en primero el cuarto de doña Inés ; en segundo una puerta atravesada con un barrote.—La accion empieza al oscurecer y concluye en la alborada del siguiente dia.

ESCENA PRIMERA.

MILLAN, GINES.

- MILLAN. Gracias á Dios que llegué:
qué oscuridad , qué aguacero!
Parece que se desgajan
las cataratas del cielo!
Qué llover ! Estoy calado
desde la planta al cabello!
- GINES. Lumbre os puse en el hogar:
secad la capa.
- MILLAN. Eso quiero.
- Y la señora Condesa?
- GINES. Encerrada en su aposento.

- MILLAN. Triste?
- GINES. Como siempre.
- MILLAN. Sola?
- GINES. Sola.
- MILLAN. Y durante este tiempo nadie ha venido á buscarme?
- GINES. Nadie.
- MILLAN. (Será mi recelo por un fantasma?)
- GINES. Jesus!
- Temólais?
- MILLAN. De frio... (Y de miedo.)
- GINES. Desde que partió á la guerra el buen Conde nuestro dueño, señor alcaide, ni un dia vuestro rostro está sereno.
- MILLAN. Pues mi corazon lo está, y pues tranquilo le tengo, si otra cosa el rostro dice, el rostro es un embustero.
- GINES. Hasta las calzas traeis barro: venis de muy lejos?
- MILLAN. De un pueblecillo cercano, de hacer la visita á un déudo que está espirando.
- GINES. De qué?
- MILLAN. De hechizos.
- GINES. Válgale el cielo.
- MILLAN. Y á mí y á vos. Despejad, que tengo el humor muy negro.
- GINES. Por lo mismo: si quereis compañía...
- MILLAN. Tengo sueño.
- GINES. Mi interes por vos...
- MILLAN. Abur.
- GINES. Nada ordenais?
- MILLAN. Nada ordeno.
- Ah! Si pregunta por mí álguien, por ningun pretesto le dejéis paso.
- GINES. Está bien. (Váse.)

ESCENA II.

MILLAN.

Válgale el diablo por necio.

Siempre juntos han de ir
lo curioso y lo portero.

Ya estoy solo, y sin saber
por qué razón, tengo miedo.

Hace tiempo que ese hombre

está mis pasos siguiendo,

como sigue el cuerpo al ánima

ó como la sombra al cuerpo.

Y qué puede interesarle

mi tenebroso secreto,

si el único á quien le importa

de aquí está lejos, muy lejos?

Será un fantasma? Que sea.

(Dirígese á cerrar con llave la puerta de la derecha.)

Aunque fuera el diablo mesmo,

si puede entrar hasta aquí,

que venga, que aquí le espero.

(Mientras Millan ha cerrado la puerta de la

derecha, el Embozado 1.º sale por la se-

creta, que dejará cerrada, y se coloca de-

tras de Millan.)

ESCENA III.

MILLAN, EMBOZADO 1.º (1).

EMBOZ. Bien dicho, Millan.

MILLAN. Dios mio!

EMBOZ. Tú me llamas, y yo vengo.

MILLAN. Quién os trajo aquí?

(1) Este personaje está cubierto con una media mascari-
lla hasta el final del drama, exceptuando las escenas que
tiene á oscuras ó solo.

- EMBOZ. Tu sino.
- MILLAN. Quién os introdujo?
- EMBOZ. El viento.
- MILLAN. Quién sois?
- EMBOZ. Tu sombra.
- MILLAN. Qué nombre?
- EMBOZ. No me gusta el que ahora tengo.
- MILLAN. La voz?...
- EMBOZ. La de tu conciencia.
- MILLAN. Y vuestro rostro?
- EMBOZ. Muy feo.
- MILLAN. Sois un diablo?
- EMBOZ. Justo, un diablo
que se escapó del infierno
para hacer que á tí te ahorquen
y que haya un pícaro menos.
Aquí arriba estais de sobra,
y allá abajo hay falta de ellos.
Y ya que hubo ángeles malos,
hay ahora demonios buenos.
- MILLAN. Sabeis dónde estais?
- EMBOZ. Lo sé.
- MILLAN. Y sabeis tambien que puedo
haceros salir de aqui,
si llamando...
- EMBOZ. (*Sentándose al hogar.*) Atiza el fuego,
que está la noche muy cruda
y es muy frio el aposento.
- MILLAN. Mas...
- EMBOZ. Obedezca el villano.
- MILLAN. (*Me da pavor.*) Obedezco.
- EMBOZ. Já! já! já! Pobre Millan!
no aciertas : te embarga el miedo.
En este momento eres
tan leño como esos leños.
Es tu vicio favorito
el temer, con tal extremo,
que hasta criminal serias
de puro cobarde.
- MILLAN. Eso...
- EMBOZ. Esto es la pura verdad,
por que yo en tu frente leo

como en un libro, y pudiera
decirte tus pensamientos.

Di: no es verdad que á dudar
si soy hombre ó soy espectro,
me hubieras asesinado
porque me crees indefenso?

Si, con franqueza: no añadas
lo hipócrita á lo perverso.

No es verdad que mis palabras
tienen en tu alma un eco,
porque está intranquila?

MILLAN. Yo?...

EMBOZ. Mete la mano en el pecho
y di si no encuentras nada
que haga en el corazon peso.

MILLAN. Pero, quién sois?

EMBOZ. Nadie: el diablo.

MILLAN. Qué quereis?

EMBOZ. Vas á saberlo.

Si yo le dijera al Conde,
que va á llegar...

MILLAN. Santo cielo!

EMBOZ. Que Millan, su servidor,
vendió su honra por dinero,
qué te parece que haria?
Empalarte por lo menos,
y darme despues tu ánima,
y yo llevarla...

MILLAN. Silencio!

Disponed de mí.

EMBOZ. En buen hora.

Si, esclavo de mis intentos,
ves, obedeces y callas,
te saco libre y sin riesgo
de la justicia y del Conde.

MILLAN. Me lo jurais?

EMBOZ. Lo prometo,

y cualquier promesa mia
vale por un juramento.

Mas pobre de tí, Millan,
si piensas obrar artero:
que nada á mí se me oculta,

que todo lo oigo y lo veo:
y que seguiré tus pasos
aforrado en tu colete,
como sigue el cuerpo al ánima
ó como la sombra al cuerpo.

MILLAN. Qué exigis de mí? Mandadme.

EMBOZ. Oír de tu boca quiero
punto por punto de tu ama
el doloroso secreto.

Soy diablo tan inocente
que se divierte con cuentos.

Empieza el tuyo, Millan;
pero sin mentir.

MILLAN. No miento.

Tres años, ya mas de tres,
hará, que, loco de amor,
casó el Conde mi señor

con la hermosa doña Inés.
Ella bien nacida y bella,

él esforzado doncel,
ella se miraba en él,
y él se retrataba en ella.

Para horas, aun no llegadas,
planes de ventura hacian,
porque una en otra vivian
sus almas enamoradas.

Y porque la corte toda
testigo á su amor no sea,

quisieron en esta aldea
comer el pan de la boda.

En este mismo oratorio
se juraron amor fiel;

mas la noche, para él
triste, de su desposorio,
un mensajero llegó:

lo que le dijo no sé:
el caso es que á Flandes fué,

y de Flandes no volvió.
De partir en el momento

hácia mí llegóse un hombre.
Su nombre?

EMBOZ. Su nombre?

MILLAN. Juré su nombre

no decir.

EMBOZ. Pues siga el cuento.

MILLAN. Dijo, viniéndose á mí,
que una bolsa le aceptara,
y descubrióse la cara:
miréle al rostro, y cedí.
Y aunque decirlo es oprobio,
gracias á mí, y á un pretesto,
aquel hombre ocupó el puesto
en la cámara del novio.
EMBOZ. Sigue.

MILLAN. Del día despues
al asomar la alborada,
era una flor marchitada
la cándida doña Inés.
En vano llamaba al Conde,
pues cuanto mas le invocaba,
con el otro se encontraba
sin saber cómo, ó por dónde.
Fué su corazon de roca
para él, mas su existencia
amargada, y la violencia
del dolor la han vuelto loca.
Y la media noche siendo,
en esa puerta arañando (*La del barrote.*)
está por su honra llorando
y por el conde gimiendo.
Estos fueron los agravios
del señor de este castillo:
tan solo para decillo
á vos se abrieron mis labios.
Con que, encomiéndome á vos,
pues en asunto tan grave,
muero, si el Conde lo sabe:
del otro guárdeme Dios.
EMBOZ. Tú le ves de noche?

MILLAN. Si,
y al ver que ella sufre tanto,
remordimientos y llanto
en sus ojos sorprendí.
Mas sospecho que quizá
pacto con los malos tiene,

pues, no sé por dónde, viene,
no sé por dónde, se va.

EMBOZ. Escucha, Millan.

MILLAN. Señor...

EMBOZ. De la tenebrosa historia
que guardas en tu memoria
no hablarás ni al confesor.

Harto su desdicha, loca
llora esa pobre inocente,
sin que el vulgo se la aumente
al correr de boca en boca.

En las desgracias de honor,
quien no alcanza á remediarlas,
por si no sabe callarlas,
que las olvide es mejor.

Mas yo veré al Conde, y fio
que al relatarle el suceso...

MILLAN. Qué es lo que vais á hacer?

EMBOZ. Eso,

Millan, es asunto mio.

Tu obligacion es oír,
obedecer y callar:

no me debes preguntar
lo que no quiero decir.

Ténlo entendido, y de hoy mas
nada me preguntes: anda.

MILLAN. El nombre de quien me manda...

EMBOZ. El que gustes, Satanás. (*Váse Millan.*)

ESCENA IV.

EMBOZADO 1.º

Bravo, Millan: los h'los de este enredo
pusiste en mi poder; no será en vano:

ese hombre no podrá, como yo puedo,
llevar tranquilo al corazon la mano.

Seducir al alcaide con el miedo
y deshorrar al noble castellano!

Por Dios! no concebía mi cabeza
que cupiera en tal hombre tal vileza.

Mas es quien es, y válgale su nombre:

manchó su fama con tan torpe anhelo:
para encontrar la expiacion de ese hombre
en su camino me coloca el cielo.

Tal vez mañana al universo asombre
que yo de entre sus ruinas alce el vuelo;
pero santa es la causa que en mí obra:
si salva el alma, lo demas le sobra.

Ella viene hácia aqui: niña inocente,
víctima de lo triste de su estrella,
estrella debe ser harto inclemente
que no se apiada, viéndola tan bella.
Cuál es tu culpa, tórtola doliente,
para que en tí el dolor marque su huella?
Arcanos son de Dios, y sus arcanos
nunca alcanzan á ver ojos humanos.
(*Váse por la puerta secreta.*)

ESCENA V.

DOÑA INES y GIMENA.

GIMENA. Pronta está la capilla.

INES. Bien, Gimena.

Te puedes retirar á tu aposento:
yo quedo en oracion.

GIMENA. Pero, señora,
tan austera piedad... la verdad, temo...
que haga en vuestra salud, ya quebrantada,
un estrago fatal.

INES. Pesares tengo
que solo la oracion aduerme y calma:
nunca llegues, Gimena, á comprenderlos.

GIMENA. Oh! los comprendo.

INES. Tú?

GIMENA. Mas de tres años
há que partióse el Conde, nuestro dueño,
á la guerra de Flandes: de su ausencia
enferma estais; mas Dios, clemente y bueno,
al tornar el esposo á vuestros brazos,
os dará con su amor vuestro remedio.
Y Dios lo hará, porque á virtudes tantas
no puede el justo Dios negar el premio.

INES. Basta, Gimena, la oracion me aguarda.
GIMENA. No debo interrumpir : guárdeos el cielo.
(*Váse por la derecha.*)

ESCENA VI.

INES.

El Conde volverá. Oh! Si á su vuelta
pudiera yo dormir en sueño eterno,
escondiendo por siempre entre los pliegues
de mi mortaja mi fatal secreto!

El Conde volverá: tal vez desgarré
el corazon que le consagro entero.
Mas si uno de los dos sin vida ni honra
debe quedar aquí, sálvese al menos
el que en la primavera de mi vida
sembró las flores de mi amor primero.
Si Dios me quiere mártir, mártir sea:
que se cumpla en la tierra y en el cielo
su santa voluntad.

FORTUN. (*Dentro.*) Dejadme paso.

INES. Qué ruido?... Tú, Fortun...

ESCENA VII.

INES, FORTUN.

FORTUN. Si, yo que llego
gozoso á vuestras plantas, pues de nuevas
felices para vos soy mensajero.
Yo he visto al Conde ser de los franceses
el enemigo contumaz y terco,
desque en sus brazos recibió en Pamplona
á un grande amigo herido por su fuego.
Ignacio de Loyola, hoy religioso,
edificante, ayer sin par guerrero.
Guerra á muerte juróles desde entonces
y sin oír de Ignacio los consejos
que santa caridad le predicaban,
con ellos ha batido bien el hierro.
Yo le he visto en los campos de Logroño

lidiar con los mas bravos pecho á pecho,
haciendo entre las huestes mas estrago
que hacer pudiera entusiasmado tercio
en aquella batalla memorable,
en que se desbandaron cual vancejos,
abandonando al español el campo
de sus seis mil cadáveres cubierto.
Yo lo he visto en Pavia; de su lanza
brotar la muerte vi: con qué denuedo
clavando á su bridon el acicate
á la hueste contraria iba derecho!
Parecia un milano entre palomas
que huian aterradas á su aspecto.
Por Dios qué hizo muy bien el rey Francisco
en darse prisionero en el momento;
pues á juzgar del Conde por la saña
hubiera muerto alli todo su ejército.
Pues mas que entonces victorioso hoy llega,
y amante á vuestros pies.

INES. Oh, Dios eterno!

Voy á volverle á ver! Cuánto le adoro!

Voy á volverle á ver! (Cuánto lo temo!)

FORTUN. Vedle.

ESCENA VIII.

DICHOS, el CONDE.

CONDE. Despejad todos. Solo á ella
quiero ver junto á mí. Ve tú con ellos.
(*Váanse todos, menos Inés y el Conde.*)

Inés mia, mi bien! Oh! Cuánto el gozo
mi corazon ensancha! Mas qué veo!

Por qué, amor mio, de mis brazos huyes?
no soy tu esposo ya?

INES. Conde!...

CONDE. Mi dueño!

Mi Inés, no asi turbada me respondas:
no asi te mire de mis brazos lejos;
y pues tu esposo te recobra amante
ven para siempre á reposar en ellos.

INES. Ah! no: no puede ser.

CONDE. Y quién lo veda?

Es acaso el rubor? No venga terco
á apartar una esposa de su esposo
que devoró su amor en el silencio.
Si vieras, ángel mio, cuántas veces
entre llamas mortíferas envuelto,
sin sospechar siquiera los peligros
que preparaba el enemigo fuego,
fijos los ojos con afán ardiente
en las mil espirales de humo denso,
veia en sus contornos dibujarse
los hermosos contornos de tu cuerpo!
Y cuántas, de la mar entre las olas,
ni tuve al agua ni á los turcos miedo!
Porque, cuando en sus lunas ó en sus aguas
del claro sol herian los reflejos,
su brillo, que igualaba al de tus ojos,
me traia, bien mio, tus recuerdos.
Y tú entre tanto...

INES. Yo...

CONDE. Me amabas mucho?

No me lo niegues, no: si libre vuelvo
otra vez á tus brazos, no me ocultes
que á tus plegarias es á quien lo debo.

INES. Señor, mil y mil veces vuestra vuelta
con lágrimas ardientes pedí al cielo;
mil veces le pedí que os libertase
de la saña del turco y del flamenco.

Y piadoso escuchó mis oraciones:
bendito sea, pues oyó mi ruego.

CONDE. Oh! Cuán feliz!... Mas veo en tus mejillas
de lágrimas los surcos macilentos!

Estás llorando, Inés!

INES. Por vuestra vida
no pretendais saber lo que padezco.

No examineis cuidadoso mis pesares,
porque dareis entonces con los vuestros.

CONDE. Con los míos!... Mas no, mi Inés, perdona
si rápida cruzó mi pensamiento

una idea fatal, de ambos indigna;
ya de haberla tenido me avergüenzo:

que mi Inés me ama mucho, y, sobre todo,

- que mi esposa es mi esposa, y basta eso.
- INES. Callad, señor, callad: yo no soy digna de tanto amor, de tan sagrado afecto.
- CONDE. Inés! Bajais la frente! vuestros ojos de lágrimas se anublan! Presto, presto decid qué significan esas frases que tanto pesan sobre mi ancho pecho. Señora, no calleis: no es el amante quien os suplica á vuestras plantas puesto: es el esposo quien os pide cuentas de su honor acendrado. Qué habeis hecho de aquel rico tesoro.
- INES. No es mi culpa, señor, lo juro por el alto cielo.
- CONDE. Murio mi honor!
- INES. Murió; mas juntamente mi eterna dicha y vuestro honor murieron.
- CONDE. Ay de mí! Con que aquel que yo juzgaba árbol enhiesto, inmarcesible, lleno de sávia y de vigor, en vuestras manos quemado y roto y marchitado encuentro. Aquel que yo juzgaba fuerte escudo le miro á vuestros pies pedazos hecho! Y del amor la célica ambrosia me presentais al fin vuelta en veneno.
- INES. Por piedad...
- CONDE. Y quién es el que cobarde me roba ausente bien de tanto precio? Quién es el que escupió sobre mi frente? Hablad, señora, hablad, quiero saberlo.
- INES. No pretendais averiguar su nombre. Yo os lo pido por Dios.
- CONDE. Ya el sufrimiento se agota, vive Dios: sobre ofenderme, aun me pedis por él! Sabed que quiero que le nombreis, y al punto.
- INES. Pues matadme
- CONDE. Mataros! Ojalá pudiera hacerlo! Mas á él...
- INES. Oh! señor, es imposible: respetad mi dolor.
- CONDE. Por Dios, que es bueno!

Respetar tu dolor! Acaso el mio
no es digno de piedad y de respeto?
Respetad su dolor! Salid, señora,
que si estalla el volcan que arde en mi pecho,
nos pudiera igualar una bajeza:
salid.

INES. Piedad.

CONDE. Lo manda vuestro dueño.

(*Váse Doña Inés por la izquierda.*)

ESCENA IX.

El CONDE.

Y de mis sueños de amor
es esta la realidad!

Llorad, mis ojos, llorad.

Tú, corazon vengador,

no llores. Le mataré

donde quiera que le halle:

en el templo ó en la calle...

(*El Embozado 1.º sale por la puerta secreta y mata la luz.*)

ESCENA X.

El CONDE, el EMBOZADO 1.º.

EMBOZ. No podrás.

CONDE. Que no podré?

Eres por ventura tú,
el que cobarde se esconde?

EMBOZ. No soy el que buscas, Conde.

CONDE. Quién eres, pues?

EMBOZ. Belcebú.

CONDE. Piensas aterrarme, necio,
con quimera semejante?

EMBOZ. No tal: conozco bastante
de tu pecho el temple recio;
pero esta noche me importa
que no conozcas mi nombre.

Ya le oirás, aunque te asombre,

á la larga ó á la corta.

Por ahora en mi testimonio

descansa con fé creyente;

y piensa piadosamente

que puedo ser el demonio.

Soy el que siguió tus huellas:

soy, no por ello me arguyas,

quien sabe las penas tuyas,

y soy quien vela por ellas.

Soy quien sabiendo tu ultraje,

busca una reparacion

digna; y por esa razon

aqui de Flandes te traje.

Aqui la esposa faltaba,

y yo de cerca lo via:

alli el esposo vencia,

y yo de cerca miraba.

Despues de esto, no te inclina,

buen Conde, mi testimonio

á creer que soy el demonio

con una mision divina?

CONDE.

Y has presumido que quepa

en mi pensamiento altivo

la idea de dejar vivo

á quien mi deshonra sepa?

Tu acento me guiará:

defiéndete.

EMBOZ.

No por cierto.

CONDE.

O te defiendes, ó muerto.

EMBOZ.

No me defiendo.

(El Conde le acierta una estocada, dejando

rota la hoja sobre el pecho del Embozado.)

Jál já!

Los celos sacan de tino

con un ímpetu tan fiero,

que pueden á un caballero

convertir en asesino.

CONDE.

Oh!

EMBOZ.

Pocas horas pasadas,

pudiera darte pesar

el haber querido andar

con el diablo á cuchilladas.

Mas ahora escucha tranquilo,
no embrollemos el asunto:
vendrás á las doce en punto
á este salon con sigilo.
Arañarán á una puerta,
y tú la puerta abrirás:
toda la historia sabrás
cuando la mires abierta.
Vendrá quien tu amor mató.

CONDE.

Y airado le mataré.

EMBOZ.

No le matarás.

CONDE.

Por qué?

EMBOZ.

Porque digo yo que no.

CONDE.

Oh! No te valdrá sombrío

hacer del misterio alarde.

Ginés! luces!

EMBOZ.

(*Marchándose por la puerta secreta.*)

Vendrán tarde.

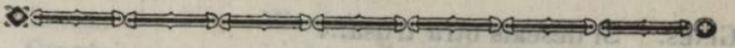
ESCENA XI.

El CONDE, GINES con luces.

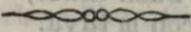
CONDE.

Solo! (Qué sueño, Dios mio!)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.



ESCENA PRIMERA.

El CONDE, GINES.

CONDE. Dónde estoy! Ha sido un sueño que se ha forjado en la oscura noche mi mente? Hace mucho que á las penas que me abrumando rendido mi fuerte espíritu, vaga en la niebla confusa del letargo? No, no pude en aflicciones tan crudas por mucho tiempo del sueño gozar la muelle blandura, ni es sueño esta pesadez que me enloquece y me angustia. Gines?

GINES. Qué mandais, señor?

CONDE. Qué hora es?

GINES. Señor, apuntan los relojes once y media, si no mienten las agujas. Es que teneis que salir?

CONDE. No.

GINES. Si apeteceis que os suban leña para el hogar...

CONDE. No.

- GINES. Si deseais otra trusa...
ó si quereis despojaros
de esa coraza tan ruda
que os oprime el pecho, yo
ayudaré: qué armadura
tan pesada para andar
por el castillo!
- CONDE. No es mucha
su pesadez, buen Ginés,
comparada con la tuya.
- GINES. Señor, mi celo estremado...
- CONDE. Bien, bien; deja la importuna
relacion. Por el castillo
qué hay de nuevo?
- GINES. Pch! Susurran
malas lenguas que á Fortuño
le ha hecho mal de ojo una bruja;
que á Florian...
- CONDE. Bien! Y mi esposa
no tuvo mudanza alguna
para con vosotros?
- GINES. No.
Estaba hecha una reclusa:
desde el camarín al templo.
Mas hay novedad alguna?
Lo preguntais con un tono...
- CONDE. Y ahora eres tú el que preguntas?
Si la hubiese, tú serías
quien lo dijera sin duda,
pues no en vano de las puertas
eres el guardian.
- GINES. Es suma
vuestra bondad ..
- CONDE. Di, Ginés:
En tanto que yo á la chusma
de los herejes y moros
perseguia, viste alguna
persona noble venir
á este mi castillo? Apura
Bien la memoria.
- GINES. Jamás
he visto...

CONDE. Mientes.

GINES. Yo juntas

las puertas tuve, y ninguno
entró ni salió, si justa
cuenta no me daba al punto
de donde iba.

CONDE. (Ap.) (Mi locura

me ciega: que no sospeche
los pesares que se empujan
en mi pecho.) Bien, Ginés;
fué insidiosa mi pregunta;
por lo demas bien conozco
tu celo y lealtad suma.

GINES. Gracias; tengo que pedir

un favor: allá en confusa
alegría, los criados,
señor, algun medio buscan
de daros la bienvenida:
si permitis...

CONDE. Si, que suban

mis leales servidores,
y entre tanto busca alguna
doncella, que á doña Inés
llame.

GINES. Voy, señor.

ESCENA II.

CONDE, solo.

Alumbra,

Dios santo, mi entendimiento
en la prueba que procura,
y libra á mi corazon
de su pesar y sus dudas.

ESCENA III.

CONDE, GINES, criados.

CRIAD. 1.º Solcitos acudimos

á festejaros, señor,

los que lleno de valor
partir á la guerra os vimos,
y volver lleno de honor.
Lloramos vuestra partida
que al dolor nos condenaba,
mas hoy con vuestra venida
todo al placer nos convida
y nuestro dolor acaba.

GIMENA. Todo es júbilo el castillo,
porque gozoso estais vos:
ya de cien luces al brillo
en la capilla oyó Dios
nuestro himno de amor sencillo.

Y en su columnata oscura
nuestra voz le ha demandado
que os conserve la ventura
y la esposa que os ha dado,
ángel de paz y hermosura.

GINES. Si, señor, á vuestros ojos
en negro sayal envuelta,
hechas sus galas despojos,
allí la vimos de hinojos
rogar á Dios vuestra vuelta.

CONDE. Es tan constante su amor...

GINES. Aquí llega... Aun viste el duelo.

CONDE. Es que benigno el Señor
me mandó un ángel del cielo
para guarda de mi bonor.

ESCENA IV.

Dichos, DOÑA INES.

CONDE. Por qué no llegais, señora,
donde os espera un esposo
que tanto amor afanoso
para vos solo atesora?

Acercaros
podeis y afable mostraros
con mis fieles servidores
que me cantan los loores
de vuestros prodijios raros.

- INES. Señor...
- CONDE. Repite, Ginés,
esa alabanza pomposa.
Es muy amante mi esposa,
mucho, verdad?
- GINES. Verdad es.
- CONDE. Y muy pura;
ángel de amor y hermosura
que en mi delirante anhelo
dióme favorable el cielo
para colmar mi ventura.
- INES. (Por compasion...)
- CONDE. (El rubor
ya sus mejillas colora.)
No os avergonceis, señora:
Ginés no es adulator.
- GINES. Siempre digo
la verdad.
- CONDE. (Sufre conmigo,
ya que á sufrir me obligaste.)
Cuánto en mi ausencia lloraste
mi bien!... Ginés es testigo.
- INES. (Aparte.) Oh! Tenedme compasion!
- CONDE. (Aparte.) La tuvisteis vos de mí?
(Alto.) A todos causais aqui
respeto y admiracion.
Mas que mucho
si yo; en adoraros ducho
y que tengo en vos mi prez,
os admiro mas, tal vez,
cuando vuestro elogio escucho?
- INES. (Aparte al Conde.) Sois muy cruel!
- CONDE. (Aparte á doña Inés.) Vive Dios,
que vos lo sois mas, señora.
- INES. (Aparte.) Dios mio, quién hasta ahora
mas infeliz que los dos!
- CONDE. Y en verdad
que de mi fidelidad
me hablaste tambien.
- GINES. Es claro.
- INES. (Aparte palideciendo.) Ay de mí!
- CONDE. Prodigio es raro.

- de constancia y de bondad.
- INES. Por Dios, Conde, mas no puedo resistir, sed generoso.
- CONDE. De vuestro afan cariñoso vasallos, contento quedo. Alejaos, y sin empacho alegraos celebrando mi venida, (mientras yo pierdo mi vida) y vos, señora, quedaos.

ESCENA V.

INES, *el* CONDE.

- INES. Oh! Gracias! No me robásteis delante de ellos la única gracia que yo demandaba, la estimacion.
- CONDE. No prorrumpas en gracias que no merezco; levántate, Inés, y escucha: Ese alegre clamoreo que á mis servidores junta, es solo mi nombre ilustre, mas que pese al que le injuria: menos mal si quien le ofende le ofende en la noche oscura: cuando el vicio se disfraza, casi la virtud simula.
- INES. Dios mio!
- CONDE. Inés, no te amo. En vano en mi pecho lucha el corazon dolorido que en su juvenil locura se hubiera roto en pedazos por una lágrima tuya. Mi razon vence á mi pecho, que soy el juez que te juzga. Te hallé una hermosa mañana, tras de una noche de angustia; ángel te creí de amores,

y te amé con fé tan pura
como las dulces palabras
que me decias confusa.

Tras enamorados dias
que no pueden tornar nunca,
te dí en ese altar mi honra,
y la aceptaste, perjura.

Leal vasallo, por mi rey
fuí contra las huestes turcas:

vencí, no le plugo á Dios
darme honrada sepultura

en la mar, sin que primero
probase esta ágría cicuta;

y es que sin duda Dios quiere
que mi venganza se cumpla.

Verdugo, en nombre de Dios,
te repito mi pregunta:

Qué has hecho, Inés, de mi honra!

—Deja lágrimas y súplicas,
que del corazon cobarde
hace abortar la pabura.

Su nombre...

INES. Nunca. No quieras
saberle.

CONDE. Su nombre.

INES. Nunca.

Ese nombre, que es mi muerte,
pudiera causar la tuya.

CONDE. Inés!

INES. Si la torpe mancha
que tu tersa frente anubla
solo con sangre se lava,
clava la acerada punta
en mi corazon, que solo
con tu recuerdo se arrulla.

CONDE. Inés!

INES. Tu amor es mi cielo:
Déjame por la vez última
que te adore y te bendiga
y en tu aliento me confunda,
y luego márame, Conde,
pague asi la ajena culpa;

mas para decir su nombre,
siempre mi lengua está muda:
que ese nombre que es mi muerte,
pudiera causar la tuya.

CONDE. Inés, no aumentes las iras
que en mi corazon se empujan,
que pueden tornarte en polvo
si rompen su cárcel rudas:
No quieras salvar á costa
de tu existencia la suya:
Su nombre! Callas? Entonces
que tu sentencia se cumpla!!
Millan!

INES. Qué intentas?

CONDE. Hacer
que mis servidores suban,
y en la presencia de todos
haré mi deshonra pública,
lanzando sobre tí el lodo
que mis cuarteles ensucia.
Su nombre!

INES. No!

CONDE. Los villanos
con el licor de mis cubas
ébrios, harán de tí mofa,
con su carcajada estúpida.
Habla.

INES. No.

CONDE. Te arrojarán
con algazara confusa
á la calle y allí sola
vagarás á la ventura.
Habla!

INES. No puedo, no puedo.

CONDE. Ay, ay!... (*Cae en brazos del Conde.*)

Flaca criatura!
No vuelve y siento rumor
de pasos... llamé y sin duda
acuden... (*A Inés.*) Ven, aun no es hora
de que la tormenta ruja.
(*Se vá conduciendo á Inés por la puerta
izquierda.*)

ESCENA VI.

MILLAN.

Pensé que llamaba el Conde!
Pero no está aqui. Será
que mi razon conturbada
se revuelve mas y mas...
Todo tiemblo! Ya cercana
la media noche estará,
y si el Conde á la Condesa
viera en la crisis fatal
y me preguntase, yo,
qué respuesta puedo dar?
Que cargue el diablo conmigo
si lo sé.

ESCENA VII.

MILLAN y el EMBOZADO 1.º, *puerta secreta.*

EMBOZ. No cargará,
porque es diablo de palabra
y tú no vales, Millan,
que una palabra quebrante
un diablo de calidad.
Qué hay de nuevo?

MILLAN. Nada.

EMBOZ. Nada?

MILLAN. Piénsalo bien!
Nada mas
que lo que sabeis.

EMBOZ. No mientes?

MILLAN. Os juro...

EMBOZ. No hay que jurar.
Sabes que tengo en mi mano
tu secreto, con el cual
puedo saber otros muchos,
y que si das en negar,
voy, le cuento un cuento al Conde,
y adivina lo demas.

Como salgas sin orejas
y vivo , no libras mal.
Con que no hay nada?

MILLAN. No hay nada.

EMBOZ. Entonces véle á buscar
de mi parte.

MILLAN. A quién?

EMBOZ. Al Conde.

MILLAN. Tal vez ya dormido...

EMBOZ. Cá!

MILLAN. Como sabeis...

EMBOZ. Obedece
y calla.

MILLAN. Mas perdonad,
de parte de quién le llamo?

EMBOZ. De parte de Satanás.

MILLAN. Os burlais?

EMBOZ. Nunca me burlo.

MILLAN. Pero, señor, reparad
que si el Conde á creer llega
que me burlo yo... Mas ya
viene él mismo.

EMBOZ. Él es : de aqui
márchate, Millan, en paz.

ESCENA VIII.

El EMBOZADO, el CONDE.

CONDE. (*Aparte.*) No puedo , no puedo ver...
en su desmayo tenaz,
parece dormida; vaga
sonrisa tan celestial
en sus labios que juraban
y que mentian...—Quién va!

EMBOZ. Quien viene á daros las pruebas
que tanto necesitais.
Os cité á la media noche,
y muy pronto sonará,
y entonces , como si mágico
fuese , os haré ver pasar
uno tras otro á una esposa

- que inocente acrimináis.
- CONDE. Inocente!
- EMBOZ. Un seductor...
- CONDE. Oh! que venga!
- EMBOZ. Cuya faz
irritada, cuando os mire,
de rodillas os hará
caer á sus plantas.
- CONDE. A mí!
- EMBOZ. Y es fácil que veais mas,
y es fácil que este castillo
sin saberlo convirtais
en centro de un terremoto
que haga á la Europa temblar.
- CONDE. Y quién sois vos?
- EMBOZ. No os lo dije?
El demonio.
- CONDE. Es que...
- EMBOZ. Escuchad,
No habeis leído en la Biblia
que de Bethsabé á admirar
llegó David la hermosura
y dió una carta fatal
á Urias, y cuando lejos
ya de Jerusalem...
- CONDE. Ah!
- EMBOZ. Qué sospecha... Proseguid!
Nada tengo que explicar.
Si quereis que continúe
la Biblia...
- CONDE. Sí, continuad.
- EMBOZ. Para David un buen éxito
tuvo la trama infernal.
- CONDE. Si, mas despues...
- EMBOZ. Un profeta
le echa en cara su impiedad...
- CONDE. Y le castiga!
- EMBOZ. Y le salva.
- CONDE. Seguid, seguid.
- EMBOZ. Nada mas.
- CONDE. Oh! Vais á volverme loco!
Quisisteis decir quizá

- que yo soy un nuevo Urias;
y David?—Hablad, hablad.
- EMBOZ. No os he dicho yo tal cosa,
Conde ; mas si os obstináis
en que habeis de ser Urias,
me aceptareis por Natham?
- CONDE. Ira del cielo!! Y quién pudo
á mi esposa calumniar?
Quién sois vos?
*(Se oye á lo lejos el reloj, que marca la
media noche, y rumor en la puerta cruza-
da por el barrote.)*
- EMBOZ. La media noche.
Abrid esa puerta.
- CONDE. *(Viendo á Inés.)* Ah!

ESCENA IX.

*El EMBOZADO, el CONDE, INES, en completo estado de
demencia.*

- INES. Ay! del ángel que quiso
por la tierra trocar su paraíso!
Ay de mí, sin ventura
que ya entre los humanos
abro mi sepultura con mis manos
y nunca tiene fin mi sepultura!!
- EMBOZ. Escúchala: Su propio desvario
te podrá convencer...
- CONDE. Loca, Dios mio!
- INES. Ay de mí, sin ventura,
que nunca tiene fin mi sepultura!
Ay! del ángel que quiso
por la tierra trocar su paraíso!
- CONDE. Inés!
- INES. Quién eres tú, que me has llamado
por mi nombre mortal? Otro he tenido
y no me acuerdo ya... se me ha olvidado.
Era un nombre mas dulce que el sonido
del viento que suspira entre las hojas
y se estremece con las ramas flojas.
- CONDE. Inés...

INES.

Ven, ven, te contaré mi historia:
Tal vez derrames llanto de ternura
siempre que te la acuerde la memoria;
y ese llanto mitigue mi amargura.
Yo necesito del amigo llanto:
No no puedo llorar: padezco tanto!!
Escucha: yo era un ángel y existía
en la mansion en que al Señor se adora,
y blanda mis contornos envolvía
en la primera nube de la aurora,
que de túnica blanca me servía:
Yo, con tranquilo vuelo,
conducía en mis alas transparentes
las almas inocentes
de los cándidos niños hasta el cielo,
y á los pálidos rayos de la luna,
tegiéndoles de rosas blanda cuna,
en encantados sueños
los presentaba hermosos y risueños
á sus madres, que en dulces embelesos
les enviaban lágrimas y besos.
Yo era el ángel de amores
de la niña temprana
y llevaba á su leche los vapores
de las garridas flores
que colgaba el amor á su ventana.
Yo miraba su llanto si gemía,
y sus hinchados párpados besaba
y al calor de mis besos sonreía,
y si en el casto seno me posaba,
sosegaba dormido
su corazón del desamor herido.
Bebía de mi aliento
su perfumada esencia
la tierna flor, para esparcirla al viento.
Coronaba de luz á mi presencia
el sol el entoldado firmamento,
calmando del invierno la inclemencia,
y serenaba la sonrisa mía
á la tormenta que en la mar rujía.
Una noche serena
decía un caballero,

contándole la pena
que devoraba incógnita, á un lucero.
«Dónde hay mal como el mio;
»floto sin esperanza en el vacío,
»el triste corazón tengo desierto,
»por eso vivo entre los vivos muerto:
»mis amantes suspiros
»se lleva el viento en revoltosos giros:
»nadie en el mundo quiere
»mi pobre corazón que amando muere,
»y mi alma tan amante, ay pena honda!
»no encuentra un alma que á su amor res-
»Por eso sin consuelo (ponda!
»alzo los ojos al remoto cielo.»

Y su llanto en vapor se deshacía
y hasta el lucero trémulo llegaba,
y el lucero, le amaba y comprendía,
que era yo el ángel que por él velaba
y era el lucero que por él lucía.

CONDE. Si, si, tú eras la estrella que inundaba
de luz el arenal de mi camino,
porque en tus claros ojos yo miraba
el herinoso fanal de mi destino.
Por qué á su luz, en la que yo vivía,
hoy solo leo la desdicha mía?

EMBOZ. (*Aparte.*)

Blanca estrella sin luz, flor sin aroma,
cariñosa paloma
que cruzas el desierto de la vida
y ya casi su fin tocas rendida,
bendita tú, que al desplegar tus alas,
de Dios cruzando las etéreas salas,
llegarás á su trono soberano
con la palma del mártir en la mano.

INES.

(*Al Conde.*)

Dónde estás? No te apartes de mi lado:
hay un eco en tu voz, que al alma mía
recuerda como un sueño lo pasado.
Decía... ya me acuerdo, te decía,
que por el caballero, el ángel quiso
por la tierra trocar su paraíso.
Ángel-mujer por él, cuán venturosas

las horas de mis plácidos amores
corrieron presurosas,
brotaron mas hermosas
al encantado abril todas sus flores.
Era mas apacible la sonrisa
del lago acariciado por la brisa,
mas blancas las nevadas azucenas
y las serenas tardes mas serenas.
Nos amábamos tanto,
que á todo nuestro amor prestaba encanto.
Ay! dulces horas de mi amor benditas!
Aquí en el corazon las tengo escritas.
El por mis ojos olvidó su duelo,
yo por los suyos olvidé mi cielo.
Olvidé el santo nombre que tenia
cuando ángel existia
en la mansion en que al Señor se adora,
y blanda mis contornos envolvía
en la primera nube de la aurora
que de túnica blanca me servía.
Una noche tocaba del deseo
mi codiciado fin, al Conde llamo,
y lloroso le veo:
— Por qué lloras— le dije — yo te amo.—
Y él, clavando sus ojos en la tierra,
— Inés — me respondió— parto á la guerra,
y al partir yo no sé lo que presiente
el agorero corazon doliente.

CONDE. Eso dije, es verdad.

INES. Y yo lloraba
y su loriga arrodillada asia.

CONDE. Es verdad, es verdad.

INES. Y él no miraba
que partiendo á la guerra me mataba,
porque yo sin sus ojos no vivia...
Ya no se escucha del corcel ligero
el escape veloz. Ay! ya ha partido
mi gentil caballero,
mi esperanza y mi fé con él se han ido!
Encapotado el cielo
como mi corazon viste de duelo...
La ronca voz del trueno que rebienta

- está gritando que mi amor se ausenta!
Pediré arrodillada
su pronta vuelta á Dios... Pero qué miro!
Un hombre con la cara recatada
turba la soledad de mi retiro...
- CONDE. Ira de Dios! Quién es!
- INES. (*Luchando.*) No hay quien me acuda,
yo tengo miedo de su faz sañuda:
quiere mi amor, arranca
de mis cabellos mi corona blanca:
ven, Conde; dónde estás, dónde está el Conde,
que le llama mi voz y no responde?..
- CONDE. Infeliz! Todo lo comprendo ahora!
- INES. Ay! Yo no puedo mas, cede mi brio...
(*Llorando.*) No vengas, Conde, ahora,
el nuevo sol que el horizonte dora
viene á alumbrar tu deshonor y el mio.
- CONDE. Quién ese hombre, quién?
- INES. Quien mataria
al Conde, si supiera
que el Conde á sus secretos se atrevia.
- CONDE. Morirá, morirá!
- INES. Oh! Cuando muera,
ha de ser horrorosa su agonía!
- EMBOZ. Si penitente espia su delito,
perdona, oh Dios, al pecador contrito!
- INES. El es! (*Con violencia.*)
- EMBOZ. El es! (*Escuchando en la puerta secreta.*)
- INES. Este aire que sofoca
es el aire abrasado que él respira,
es el fuego que sale de su boca;
llamo al Conde y me dicen que estoy loca,
no estoy loca, mentira!
(*Corriendo por la escena hasta colocarse
en la puerta de la capilla.*)
Yo quiero huir... Resuena su pisada
dentro del corazon y me le oprime...
ay! ay!.. (*Desaparece por la capilla.*)
- COND. Detente, Inés.

ESCENA X.

EL EMBOZADO 2.º *que entra por la puerta secreta,*
EL CONDE y EL EMBOZADO 1.º

EMB. 1.º La hora es llegada.

CONDE. *(Al Embozado 2.º)*

La hora llegó, mientras el ángel gime,
reciba Satanás tu alma malvada.

*(Va á hacerle fuego con los pistoletes: el
Embozado 2.º se descubre.)*

EMB. 2.º Mira!

CONDE. El Emperador! Volvedme loco...

EMB. 1.º *(Que se habia quedado oculto tras la hoja
de la puerta secreta, la cierra y dice al
desaparecer por la capilla.)*

Ya están juntos los dos: ya falta poco.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

El CONDE, El EMBOZADO 2.º (Cárlos V).

- CARLOS. Mirad á lo que os oblige,
pues soy el Emperador.
- CONDE. No he de olvidarlo, señor,
y pongo á Dios por testigo
de que en la ruda fiereza
con que mi pecho batalla,
sufre el alma, pero calla
por respeto á vuestra alteza.
Yo no soy mas que un soldado
que noble nació: mi vida
qué vale? Ya por perdida
en cien combates la he dado.
Y si nunca al combatir
flaqueó mi ánimo fuerte,
á presencia de la muerte,
ahora, qué puedo sentir?
Qué idea, qué pensamiento
me puede al alma llegar
para hacerme acariciar
una vida de tormento,
una vida sin honor,
vida que de infamia es prenda...

al hacerme de ella ofrenda,
corta es la ofrenda, señor.

CARLOS. Estais loco?

CONDE. No por cierto.

CARLOS. La muerte...

CONDE. De vuestra mano.

CARLOS. Delirais!

CONDE. En ello gano.

Ya para mí todo ha muerto!

Si hubiera alguna esperanza

que bastára á darme aliento,

seria el resentimiento:

vivir para la venganza.

No me aconsejeis vivir,

pues tendria que luchar

con mi vergüenza, ó matar,

y yo prefiero morir.

Á una mujer adoraba

que el cielo me concedió;

un hombre me arrebató

la dicha que ya tocaba.

Y ya que de mi Inés bella

no podia el corazon

robarme, buscó ocasion

para separarme de ella.

Cuando de España torné,

premiándome por caudillo,

me hizo don de este castillo...

Y

hay en sus encrucijadas,

que yo desconozco, puertas

para mi deshonra abiertas,

y para mi amor cerradas.

Partí por él á la guerra,

dejando aqui abandonado,

cuanto de amante y sagrado

la dicha del hombre encierra.

Rompí cariñosos lazos

sin oponer resistencia;

volví, y supe que en mi ausencia

hicieron mi honor pedazos.

Y yo de mi ardiente encono

contengo el justo arrebato;
veo á ese hombre , y no le mato,
porque se sienta en el trono.
No puede hasta él alcanzar
la ira que mi pecho alienta;
pero mi infamia y mi afrenta
con sangre se han de lavar.
Sangre correrá este día,
que sangre pide mi honor...
Él es mi rey y señor,
por eso elijo la mia. (*Va á herirse.*)

CARLOS. Tente ! Fuera criminal
y cobarde, si dejára
que solo se me acatára
por mi púrpura imperial.
Solos estamos los dos:
yo mi confesion te hago
de tu confesion en pago,
y luego decida Dios.
Aunque en el trono nacido,
lo mismo que tú soldado,
para la guerra criado,
en el combate he crecido.
Siempre á mis instintos fiel,
trocar supe desde niño
la seda y el blanco armiño
por la lanza y el broquel.
Y superé mi esperanza
cuando en ronco son de guerra,
hice estremecer la tierra
con mi broquel y mi lanza.
No turbaron mi razon
jamás ardientes deseos:
con mis marciales arreos
de hierro mi corazon,
solo supe ambicionar
con bélico afan profundo,
no viendo mas en el mundo
que tierra que conquistar.
Asi en éxtasis febril,
durmiendo ensueños de gloria,
vivió sin amante historia

mi corazon juvenil.
Mas se engañó mi razon
cuando dijo á mis deseos
que era como mis arreos
de hierro mi corazon.

Vi á Inés, y despues... despues
de haberla visto, responde
si no es disculpable, Conde,
que se idolatre en Inés.

Luché contra mi pasion;
mas fué impotente mi brio:

Dios, para tormento mio,
la clavó en mi corazon.

Y tan loco amante fuí,
y tanto á Inés adoré,
que hasta de Dios me olvidé,
y de mi estirpe y de mí.

Repara, pues soy quien soy
y con trampas te gané,
si paga la mala fé
la revancha que te doy.

Y vé que si contra ley,
el Rey mancilló tu nombre,
al batirse con el hombre,
te eleva á su altura el Rey.
Riñe.

CONDE. No riño, señor.

Si lo mandarais, primero
seria yo pregonero
de mi propio deshonor.

Y diria:—Leal vasallo
escudado en mi respeto
me reta el Rey—huyo el reto—
me deshonra el Rey, y callo.

Nací bajo de su ley:
la cumpliré hasta que muera:
haga de mí lo que quiera,
es el Rey y... Viva el Rey.

CARLOS. (Oh! tanta lealtad me humilla!)

Nada en tí puede el encono!

CONDE. Nunca llegará hasta el trono:
nacé, señor, en Castilla.

- CARLOS. Conde, si acaso en lo humano
remedio á tu mal hubiera,
aun á costa te le diera
de su vida el soberano.
- CONDE. Gracias : no puede curar
sino la muerte mi honor:
ya me matará el dolor,
pues no me quereis matar.
Despues que tanto luchó,
siento el corazon rendido.
- CARLOS. (*Aparte.*) (Por Cristo que estoy corrido.
Vale este hombre mas que yo.)
Adios. Juro no volver
á verla : mi dicha era;
que daria el alma entera
por mirar esa mujer.
Que aunque en su fatal delirio
me dá con tu nombre celos
y me acusa ante los cielos
por causa de su martirio;
aunque anatemas y enojos
tan solo de ella recibo,
como que en sus ojos vivo
moriré sin ver sus ojos.
Mas vale tanto tu accion,
que á mí te juzgo primero...
Con no sacar el acero
me has herido el corazon.
(*Se dirige á la puerta secreta.*)
Cerrada la puerta está!
Millan tal vez...
- CONDE. Él sabia...
- CARLOS. Que yo de noche venia,
y vió por dónde quizá.
- CONDE. Todo cuidado perded:
yo os sabré oculto sacar,
aunque hubiera de arrancar
piedra á piedra la pared.
En esa estancia os entrad (*La izq. arriba.*)
mientras que salida os hallo.
Entre tanto, buen vasallo,
os guarda mi lealtad.

ESCENA II.

El CONDE.

(Llamando.)

Millan. Ay, en el mundo nada espero!
y en medio de tan mísera existencia
me grita la conciencia
que cumplí mi deber de caballero.
Algun día quizá, con lengua impura
cuente el Emperador esta aventura;
para la corte ruin, para la historia
mio será el baldon, suya la gloria;
mas cuando Dios nos juzgue, en aquel día,
suyo será el baldon, la gloria mia.

ESCENA III.

El CONDE, MILLAN.

MILLAN. Qué mandáis, señor?

CONDE. Que cierres

la puerta y vengas acá.

Dame la llave. Parece

que estás temblando, Millan.

No te azores: te he llamado

porque quiero consultar

el castigo que merece

el servidor desleal,

que dejándole su dueño

de una joya por guardian,

interesado ó imbecil

se la ha dejado robar.

MILLAN. Señor...

CONDE. Por qué te arrodillas

y te se anubla la faz?

MILLAN. Os juro, señor...

CONDE. No mientas,

lo sé todo por mi mal.

MILLAN. Conoceis al ladrón?

CONDE. Vive.

No te puedo decir mas.
Hoy debe encontrar aquí
su expiacion cada cual.
Él, allá con su conciencia
á solas se las habrá
cuando se halle frente á frente
con Dios y la soledad.
Yo, por adorar á quien
adoró el Rey con afan,
pierdo mi amor y mi vida,
castigado estoy asaz.
Y tú, porque no pudiendo
coto poner al desman,
ya que no obraste, no diste
una cuenta puntual,
me debes la vida, y ahora
vamos á quedar en paz.

MILLAN. Perdon!

CONDE. Pídesele al cielo.

MILLAN. Piedad, piedad...

CONDE. No hay piedad.

MILLAN. Mi vida, en nombre de Dios,
mi vida...

CONDE. Cómpramela.

MILLAN. Qué decis...

CONDE. Digo, que ese hombre

entró aqui en la oscuridad;
mas se ha cerrado la puerta
que le dejára pasar.

A él le va en cuenta salir
con misterio y á mí mas.

No puede ir por esa puerta
donde mis gentes están,
sin que se haga mi honra
pedazos en el umbral.

Con que tú que del castillo
los escondrijos sabrás,

ó una puerta le procuras
por donde pueda escapar,

ó te abro con mi daga
yo la de la eternidad.

MILLAN. Me pedís un imposible.

- CONDE. Entonces, reza, Millan.
Que si en tu ayuda no acude
algun diablo familiar
no escaparás de mis iras.
- MILLAN. Válgame...

ESCENA IV.

Dichos, por la capilla el EMBOZADO 1.º

- EMBOZ. Yo.
- CONDE. Cielos!
- EMBOZ. Sal.
- (Abriéndole la puerta secreta y dándole dinero.)*
Lo prometido te cumplo
y te doy para callar.
Como aun en sueños pronuncias
una palabra no mas,
acabas la última sílaba
en el infierno.—Vé en paz. *(Váse Millan.)*

ESCENA V.

EMBOZADO, el CONDE.

- CONDE. Me ofende tanta osadía.
- EMBOZ. Pues haceis, conde, muy mal.
No habeis tenido mejor
amigo que Satanás.
Le acuchillásteis inerte
y se dejó acuchillar;
por él adorais la mártir
que jugásteis criminal;
por él veis al rey mas grande
de toda la cristiandad,
ante una pasion pigmea;
por él vuestra lealtad
se eleva y el cielo toca...
Teneis que pedirle mas?
- CONDE. Oh! Me confunde ese acento!
- EMBOZ. Ahora, dejadme pasar.

- Tengo que ver á ese hombre.
- CONDE. A ese hombre nadie verá,
que estoy guardando la puerta;
y aunque á decirs verdad,
no sé qué hay en vuestro ser
que easi pavor me dá,
si ofendiérais á ese hombre
os volviera á acuchillar.
- EMBOZ. En el nombre de Marcelo
Segundo, Su Santidad,
dejad paso á la justicia
de Dios, que cercana está.
Salid, Emperador.
(Se cubre con una mascarilla.)

ESCENA VI.

DICHOS, CARLOS.

- CARLOS. Qué voz me llama?
- EMBOZ. La aterradora voz de la conciencia.
El grito de tu alma, que reclama
puerto de salvacion la penitencia.
- CARLOS. Quién eres tú, vasallo, que asi infama
á su Rey, y se cubre en su presencia?
- EMBOZ. Tal vez arista que arrebatá el viento,
tal vez roca gigante, en un momento.
Soy quien el tiempo y el poder te taso:
soy en tu oscuridad luz que te guía:
tengo el oriente donde tú el ócaso:
es tu gloria el anuncio de la mia.
Siempre al andar me encontrarás al paso:
soy el juez inflexible que te envia
aquel que de monarcas es monarca,
y el ancho mundo en su mirar abarca.
- CARLOS. Siempre tú!
- EMBOZ. Siempre yo: soy tu destino:
oculto entre los pliegues de tu manto
para ir á Roma te indiqué el camino:
fuiste por mí del argelino espanto.
Por mí la Holanda tras de tí se vino,
y tremoló Pizarro el pendon santo
en la tostada americana tierra;

yo soy tu genio bueno de la guerra,
yo soy tu actividad si andas reacio:
siempre encarnado en tí, vivo en tu idea,
contigo habito junto en tu palacio,
y voy contigo al campo y á la aldea,
ni de tí me separo breve espacio,
ni tienes pensamiento que no lea.
Fiel consejero, interesado amigo
entre tu sombra voy, siempre contigo.
Y vive Dios, que el ver tus hechos grandes,
tu altivo corazon que nadie doma,
digno del solio te encontraba en Flandes,
digno de admiracion te admiré en Roma.
Ahora no, y la razon no me demandés,
que harto en tu rostro la vergüenza asoma,
que no es accion de un rey ni de un guerrero
deshonrar á traicion á un caballero.

CARLOS. Me disculpa mi amor y mi fiereza;
su belleza sin par, que aun hoy marchita,
en lo divino toca su belleza;
me disculpa el deseo que se irrita
si con los celos á enconarse empieza,
y me disculpa el cielo que me envia
una pasion mayor que el alma mia.
Mas cuál es tu disculpa, que altanero
ultrajas mi corona y mi grandeza:
quién eres para mí? Fuera el sombrero,
ó juro que el sombrero y la cabeza
los cuelgue en la picota el pregonero
antes que acabe el dia que ahora empieza.
Quién eres tú!

EMBOZ. Quien habla al soberano
en nombre del Pontífice Romano.
En una noche por demas sombría,
enrarecido el viento en el espacio,
ya silbaba orgulloso, ya gemia
al chocar con los muros de un palacio.
Tras el ancho porton nada se oia,
el centinela por demas reacio
creyendo la real cámara segura,
dormitaba embutido en su armadura.
Mas allá del dormido centinela

un monarca se agita en su real lecho.
La inquietud de su rostro asaz revela
que horrible tempestad ruge en su pecho.
La lámpara oriental su luz ríela
en las molduras del dorado techo,
y estendiendo su llama redolida
presta á aquel cuadro misteriosa vida.
Aquel rey de repente se levanta
asido de la roja colgadura,
recorre á tientas con la incierta planta
la cámara real ancha y oscura.
La voz espira seca en su garganta,
y anda y vuelve á cejar y huye y se apura
por defenderse del tenaz empeño,
de una vision que le fingia el sueño.
Sus dos manos crispadas se juntaron,
y tal vez para el rezo se estendieron:
de los cerrados párpados saltaron
dos lágrimas que en surcos se perdieron,
y juntas sobre el pecho se cruzaron
y sobre el corazon se consumieron,
y era para aquel Rey el régio manto
pobre cendal para enjugarle el llanto.
Aquel Rey erais vos: chocóle el ruido
á un hombre y fué á la estancia con cuidado,
aquel hombre era yo. Desfallecido
caisteis en mis brazos desplomado,
diciendo con acento dolorido
al darme un pergamino maltratado:
—quien quier que seas, hombre, toma, toma,
esta es mi confesion, mándala á Roma.—
La confesion mandé por vos suscrita,
(*Mostrando un pergamino.*)
vedla aqui: el Papa hoy me la devuelve.

CARLOS. Mi confesion!

EMBOZ.

Y en el reverso, escrita
la sola penitencia que os absuelve,
quiere que vierta yo la luz bendita
en la densa tiniebla que os envuelve,
quiere que sin salir de este recinto
sin máscara me vea Carlos Quinto. (*Quitán-
dose el sombrero y arrojando la mascarilla.*)

CARLOS. (*Aterrado.*) Tú! Castigo cruel! No se daría otro mas para mí!

EMBOZ. Y el Papa quiere que penitencia hagais, de la valia de la vida de un ángel que se muere. Mirad.

(*Abre la capilla: aparece Inés moribunda al pie de la cruz.*)

CONDE. { Inés!

CARLOS. { (*El Conde corre á los brazos de Inés , el Embozado detiene á Carlos.*)

EMBOZ. No endulza la agonía el verdugo á la víctima que hiera. Ved de ella la hermosura y de él el llanto. Buscad la expiacion de crimen tanto.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS , INES.

CONDE. Inés de mi corazon, perdóname, fuí cruel.

INES. A tí te amo, y á él Dios me manda dar perdon! No llores; yo con la palma del martirio subo al cielo: ya siento en tranquilo vuelo casi desprendida el alma. Es que Dios me llama á sí y ya me tienden las manos los ángeles mis hermanos, que estan pidiendo por mí. Cumpliósse todo mi anhelo, pues al romper estos lazos, muero en tus amantes brazos y tengo un sitio en el cielo. Dios permite que sucumba amando, y amo y perdono. (*Muere.*)

CARLOS. Inés! Tu tumba y mi trono solo serán una tumba. Ganaré penitencial

la absolucion que ahora impetro,
trocando en silicio el cetro
y la púrpura en sayal.
Mi trono abdicó: si miente,
sé mi testigo ante Dios.

EMBOZ. En el nombre de los dos
yo recojo el juramento.
Absuelto, señor, quedais.
Su paz os dé y su misterio
el sagrado monasterio,
y ved, si de mí dudais,
que os ama el que os proporciona
ganar en esta jornada,
trocando una tumba honrada
por una pobre corona.

CARLOS. Ojalá á tu corazon,
al buscármela tan cara,
otro impulso no guiara
que el hallar mi expiacion.

EMBOZ. (*Al Conde.*) Cuando tu dolor profundo
calme el cielo, piensa en mí:
yo me acordaré de tí.

CONDE. Quién sois?

EMBOZ. (*Cubriéndose.*) Felipe Segundo.

CARLOS. Mi hijo!

FELIPE. El Papa dijo:
la expiacion que mas cuadre
á los delitos del padre,
quién buscará mas que el hijo?

CONDE. El Rey!

FELIPE. El que dá la ley;
y á no valerle la cota,
dice su ropilla rota
cómo lo pasára el Rey.
Y pues que era el Rey supiste,
con tus batallas ganadas,
házle olvidar que anduviste.
Con el diablo á cuchilladas.

POST-SCRIPTUM.

A la admirable ejecucion de la Sra. Palma y los Sres. Romea y Pizarroso, debo en gran parte el éxito de mi drama: creeria faltar á mi deber si no lo consignase en esta página, corto tributo, á su mucho talento.

N. S. Serra.

POST-SCRIPTUM.

A la admirable ejecución de la Sra. Palma y los Sres. Román y Lizaso, debo en gran parte el éxito de mi drama: creencia fallar á mi deber si no lo consignase en esta página, como tributo á su mucho talento.

H. S. Sola.